

La obsesión del espacio

-Ricardo Zelarayán-

(1972)

*A la memoria de Rómulo Rochi,
muerto de amor por la vida.*

Espacios

Un sueño de día
A Fernando Córdova

¡Hermenegildo!
¡Ordeñe che sargento!
Puta este Hermenegildo...
que es correntino.
(Pero, ¿por qué no se va corriendo hasta su Corrientes en patas...?)
Este Hermenegildo adora la noche,
porque el Hermenegildo es correntino
y cuatrero...
Al Hermenegildo le gusta la noche desplegada
y el día fruncido,
la noche tensa como una manzana lustrada,
como una manzana más negra que la noche reluciente...
Este Hermenegildo manzanero.
Pero ahora es de día,
de medio día...
El día lanzó puñados de cardenales
rojos y amarillos
sobre las cuchillas
(colinas, pa que entiendan los porteños)
cuchillas sin filo,
redondeadas,
pero a un pelo de la sangre...
Pero el Hermenegildo no está parado,
ni sentado,
ni acostado,
porque está dormido,
dormidito,
acurrucadito,
y parece que sueña
con el día.
(¿Pero por qué no se despierta si el día está aquí nomás?)
Pero el Hermenegildo de día sueña el día,
o sea que duerme...
Y hoy se durmió con la mona...
la mona del sueño.
Y hasta me parece que está soñando con el Super Día.
Pero ahora el que me habla es el Salustiano,
mientras el Hermenegildo duerme con la mona
y sueña con el sol,
con el sol que madura naranjas,
mientras la guitarra del Hermenegildo
duerme boca abajo sobre los yuyos.
Las hormigas se suben a las cuerdas
tratan de meterse en la boca

(de la guitarra)
pero la guitarra está boca abajo...
(¡Oreja! ¡ya lo dijiste!)
Hasta se me hace que las hormigas
buscan miel de la guitarra,
de la guitarra del Hermenegildo.
Una horquilla clavada en la tierra no se hace ilusiones sobre el futuro.
La tierra baila,
¡siempre baila!
Hermenegildo sueña que rueda como un choclo
por la pendiente de una colina soleada.
Una frutilla asciende lo más campante
por el revés de su vida.
"No me tires con cuchillo tírame con tenedor."
Yo estoy aquí
no como choclo.
La verdad es que me siento un marlo...
Porque esta Leocadia...!
Pero, ¿qué hacemos con el Hermenegildo?
me dice el Salustiano,
que le ha echado el ojo a la mujer del Hermenegildo,
de Hermenegildo el soñador,
el manzanero.
El ojo no es la hoja, le contesto.
Porque esta Leocadia me hizo venir
para que me vaya enseguida...
Pero yo se la sigo a este Salustiano,
porque la Leocadia se me hace
que está pensando en cualquier cosa...
menos en mí.
Y a mí lo que me gustaría
no es la mujer del Hermenegildo
sino la hija...
que no vino
ni con el vino.
Y qué te parece...
(Este Salustiano es seguidor).
La verdad es que al Hermenegildo
no me gustaría matarlo del todo.
Qué querés decir, le digo.
Oíme cara de yilé,
(me dice Salustiano).
Me gustaría cortarle un dedo al Hermenegildo,
al Hermenegildo dormido,
total un dedo pa qué le sirve.
Mejor te vas por ahí,
le digo yo,
a ver si te la encontrás a la mujer de él,

que por'ái se perdió entre las sandías
o andará virando entre los repollos...
y por'ái,
quién te dice...
Pero ahora que me acuerdo
recién pasó el ómnibus desvencijado
con una maestra adentro
que me cabeceó.
¡Ay mi maestríta cabeceadora!
Pero...
¿Y la Leocadia?
¿Y la Delia?
Sí, pero estoy seguro que me cabeceó.
La verdad es que el Salustiano
me propone otra cosa.
Pero entre cortarle un dedo
(no sé cuál pero uno)
al Hermenegildo
y el amor de la maestríta que me cabeceó
hay la misma diferencia que entre la manzana y la naranja,
que entre la luna y el sol.
¡Pero si la maestríta vive ahí nomás!
¡ahí!
pasando el plantío de sandías y repollos exaltados.
Qué te cuesta y quién te dice, me digo.
Yo soy más bien partidario,
le digo ahora a Salustiano,
de cortarle la oreja derecha
o nada más que la parte de abajo,
por si la maestríta no me quiere
(¿o me quiere?).
Porque si se llama Margarita no sé qué hacer...
y me quedo sin amor
y sin oreja cortada de un saque
o con la misma cuchilla que cortaste la sandía
crujiente como el pan.
¡Sí!
¡La oreja me gusta más!
Pero...¿ y la maestra que me cabeceó,
desde el ómnibus desvencijado y cabeceador
en la pendiente de la cuchilla (colina)?
Sí, ¿pero en qué andará pensando la Leocadia,
con toda naturalidad?
No, seguro que no.
¿En qué quedamos?
La Leocadia,
la maestríta cabeceadora,
la oreja,

el dedo,
el pie,
del Hermenegildo cuatrero y manzanero,
según sugiere Salustiano,
¿o qué?

Sin tregua

A María Luciar y Enrique Bani

El burro adelante para que no se espante.
Todo eso
y unas ganas de refugiarse en el nosotros.
Es decir, los otros y uno...
La piedad de sí
lleva a atolondrase por sí detrás de sí
florece algo más que la piedad,
esa vieja roñosa alquilada para subsistir
en medio de la lucha interminable del más allá y el más acá
que se pelean como perro y gato.
Más adelante no es un gato,
es un burro...
un burro con toda la pinta
y una etiqueta pegada en el lomo que dice asno
(porque está en España)
y vagabundeando en una estación de pasajeros
porque no hay manera de retenerlo en el galpón de cargas.
Un burro etiquetado
en medio de pasajeros dormidos o aburridos
Pero, ¿qué piensa el pasajero?
Que el porvenir es pasajero como él
o que el pasado es pasajero?
La paja no es como el trigo
y el trigo no es como el burro
que va adelante para que no se espante.
Pero, ¿qué opinan los guerrilleros
y las palabras que hay detrás de los guerrilleros
manejadas por ellos como borregos?
¡Meh! ¡Meh! ¡Meh!
Hay un amor sin palabras.
(Chocolate por la noticia.)
"Si no late dalo por muerto."
Pero un muerto no sueña
porque para vivir hay que soñar
y el amor no es una piedra
aunque la piedra puede encontrarse con un carozo,
un carozo del fruto del amor
(esto sí que es cursi)
pero más cursi es confundir al carozo,
y decirle, por ejemplo,
"Carozo mío, quedás ascendido a Coranzoncito".
Los adelantados son los que siempre se quedan...
de upa,
mientras los ladridos caen

como los pétalos deshojados de la vida.
(Otra cursilería.)
Y el comisario se arrima a tomar unos mates
pero el señalero tiene que dejarlo colgado
porque el burro etiquetado en España
se le ha metido en la vías.
¿Y qué opinan las vías?
Las respiratorias,
las vías de hecho,
las vías, bah!
Las vías sudan como el hierro
del destierro
(tierra con hierro)
y el pobre exiliado hace de señalero
que no se quiso perder el quinto mate
que se tomó el comisario.
¿Y el comisario?
Ya se fue; lo espera el sastre,
porque tiene que ser padrino,
padrino pelado
porque se quedó sin rabo.
Y el burro sigue espantado
¡pero siempre adelante!

La piedad por “Esas imbéciles moscas”

A Oscar Massota

No es por decir,
pero el Papa,
sí, el Papa,
es una Batata.
Mejor dicho era una Batata
porque más bien era un topo,
un topo topológicamente ubicado en el ombligo del mundo.
Al ombligo del mundo le creció un hongo,
enorme y blanco,
que cuando el agua le sube al cuello
hace ¡glu! ¡glu!
y sonríe,
sonríe como Hawai,
como Samoa,
y como todas las islas felices perdidas en este mundo.
El Papa topo (o ex topo)
no es la vizcacha que se escapa de la topadora
o la lombriz cortada con la pala
que sigue vivita y coleando.
El Papa añora los yuyos del Vaticano,
pero ahora se va pal lao del monte
con el diario doblado en cuatro bajo el brazo,
el diario que doña Remigia
busca desesperada para prender el fuego.
"No hay fuego doña Remigia
sin diario doblado en cuatro
bajo el brazo del Papa que se fue al monte."
Doña Remigia pateo la radio
con sus zapatos amarillos.
La radio no larga prenda...
"Doña Remigia yo sé
que después de pelar una naranja
no hay nada mejor que pelar un canguro
australiano y papal,
o un yacaré recién salido del agua
y bien atajado.
¡Rapidito que hay que hacerse tiempo
pa patear la radio!"
Qué quiere que le diga,
dice doña Remigia,
la Lucinda tiene la lumbriz,
la Rosa la hurmiga
y la radio no anda...
¿Qué le parece?
"Doña Remigia,

la vida pende de un hilo del corazón...
Usted se quedó sin fuego.
El fuego siempre tiene la última palabra...
insondable, acariciada,
pero hay que hacer cola.
La cola del pobre yacaré
pelado y colgado."
El Papa vuelve con los ojos hundidos.
El Papa vio pasar la última liebre pero no la corrió.
El Papa se mete en la cocina sin fuego,
sin el diario
y con la radio pateada en el suelo.
¿Y la Remigia?
Doña Remigia anda por ahí
con los zapatos amarillos
subida en un burro
corriendo un sapo.
El sapo se agiganta,
la vieja se asusta.
(no tanto como el burro).
El sapo ve crecer los hongos y respira...
Ha comenzado la lluvia.
La lluvia cae sobre la vieja sin fuego,
sobre el burro empacado
y sobre los zapatos amarillos que patearon la radio.
Justo por ahí,
donde está el burro empacado,
anduvo hace rato la Rosa,
la de la hormiga...
que no hay que confundir
con la hormiga y la rosa
ni con la topadora y la vizcacha
ni con la tierra y la lluvia...
!Que llueva, que llueva...
la vieja no está en la cueva!
Y la pajarita Rosa voló
y ahora canta...
La ciudad en el crepúsculo comienza a encender sus mil ojos llovidos.
Los grandes cristales chorrean mansamente
y los autos acarician las calles mojadas.
Rosa voladora y cantora,
Rosa con la hormiga.
La hormiga que canta al oído
como la lluvia del cielo.
La canción me la guardo para otra ocasión.
La hora se sumerge como tiburón en las negras profundidades,
y no hay tiempo para la canción
ni para la discusión,

ni para el fuego que hubo que dejar para mañana.
Las uñas crecen como las moscas
y las moscas vuelan sobre la vida.

La gran Salina

La locomotora ilumina la sal inmensa,
los bloques de sal de los costados,
los yuyos mezclados con sal que crecen entre las vías.
Yo vacilo....
y callo....
porque estoy pensando en los trenes de carga
que pasan de noche por la Gran Salina.
La palabra misterio hay que aplastarla
como se aplasta una pulga,
entre los dos pulgares.
La palabra misterio ya no explica nada.
(El misterio es nada y la nada no se explica por sí misma.)
Habría que reemplazar la palabra misterio
(al menos por hoy, al menos por este "poema")
por lo que yo siento cuando pienso en los trenes de carga
que pasan de noche por la Gran Salina.
La pera trepida en el plato.
La miel se desespera en el frasco cerrado,
para desesperación de las moscas que le acechan posadas al vidrio.
Pero yo no me explico
y hasta ahora nadie ha podido explicarme
por qué me sorprende pensando
en la Gran Salina.
El hombre de chaleco del salón comedor
se ha quitado los anteojos.
Los anteojos trepidan sobre el mantel de la mesa tendida.
Todo trepida,
todo se estremece,
en el tren que pasa a mediodía por la Gran Salina.
Yo me he sorprendido mirando
la sombra del avión que pasa por la Gran Salina.
Pero eso no explica nada.
Es como una gota que se evapora enseguida.
Hay que distraerse, dicen.
Hay que distraerse mirando y recordando
para tapar el sueño
de la Gran Salina.
Un piano colgado como una araña del hilo
se ha detenido entre los pisos doce y trece...
Un camión pasa cargado de ventiladores de pie
que mueven alegremente sus hélices.
En 1948, en Salta,
fuimos de noche a cazar vizcachas y ranas,
y la conversación se apagó con el fuego del asado,
abrumados como estábamos por el cielo negro
y estrellado.
Nerviosamente encendíamos y apagábamos las linternas
hasta quedarnos sin pilas.

Tampoco puedo explicarme por qué sueño con pilas de linternas,
con pilas para radios a transistores.
Ni por qué sueño con lamparitas de luz,
delicadamente guardadas en sus cajas respectivas.
Ni por qué me sorprende mirando el filamento roto
de una lamparita quemada.
Nunca he visto...
nunca he podido imaginarme
la lluvia cayendo sobre la Gran Salina.
Yo no tengo objetivos pero me gusta objetivar.
Desde chico intenté cortar una gota de agua en dos
(con una tijera).
Aún hoy intento,
apartando las cosas de la mesa
o ahuyentando amigos,
imitar, imaginarme, la lluvia sobre la Gran Salina.
Tomo una plancha caliente y le salpico gotas de agua.
Pero aunque pueda imaginarme todo,
nunca podré imaginarme
el olor a salina mojada.
Anoche llegué a mi casa a las tres de la mañana.
En la oscuridad, tropecé con un mueble...
y allí nomás me quedé pensando
en lo que no quería pensar...
en lo que creía bien olvidado!
Pero en realidad me estaba escapando
del sueño estremecedor de la Gran Salina.
Y ahora me interrogo a mí mismo
como si estuviera preso y declarara:
"La Gran Salina o Salina Grande
está situada al norte de Córdoba,
cerca (o dentro, no recuerdo)
del límite con Santiago del Estero."
Estoy mirando el mapa...
pero esto no explica nada.
La caja de fósforos queda vacía
a las cuatro de la mañana
y yo me palpo a mí mismo, desesperado,
con el cigarrillo en la boca...
Habría que inventar el fuego, pensarían algunos.
Yo en cambio pienso en los reflejos del tren
que pasa de noche junto al río Salado.
No puedo dormir cuando viajando de
noche
sé que tengo a mi derecha
el río Salado.
Pero aún así sigo escapando del gran misterio...
del misterio de la sal inagotable de la Gran Salina.

Recuerdo cuando arrojábamos impunemente naranjas chupadas
al espejo ciego y enceguecedor de la Gran Salina.
A la siesta, cuando la resolana enceguece más que el sol.
Esperábamos llegar a Tucumán a las siete
y a las dos de la tarde tuvimos que cambiar una rueda
junto a la Gran Salina.
Un diario volaba por el aire...
el sol calcinaba las arrugadas noticias del mundo
del diario que caía sobre la Gran Salina.
Y vi pasar varios trenes
y hasta un jet...
Los pasajeros de los Caravelle
o de los Bac One-Eleven,
no saben que esa mancha azulada,
que a lo mejor están viendo en este mismo momento,
desde ocho mil metros de altura,
esa mancha azulada que permanece durante escasos minutos,
es la Gran Salina,
la Salina Grande.
Pero el jet anda muy alto.
La Gran Salina no conoce su sombra que pasa.
Los pasajeros del jet duermen...
se sienten muy seguros.
En el jet no hay paracaídas.
Los jets no caen. Explotan.
Hace unos años,
un avión que no era un jet volaba, creo, sobre Santa Fe.
De pronto se abrió una puerta
y una camarera tuvo que obedecer calladita
las sagradas leyes de la física,
y demostrar su inequívoco apego a la ley de la gravedad.
Una ley dura como las piedras metidas en la boca de Demóstenes
que, según dicen, hablaba mucho.
Aquí hay que hacer un minuto de silencio.
Primero, por la dócil camarera sin cama del avión.
Después, por las palabras muertas,
muertas por no decir nada...
misterio, por ejemplo,
que sirve para no explicar lo inexplicable,
lo que yo siento cuando pienso en la Gran Salina,
lo que traté de no pensar un día que caminaba por la Gran Salina
tratando de distraerme y de no pensar dónde estaba,
escuchando una canción de Leo Dan
que pasaba LV12 Radio Aconquija
y el Concierto en sol de Ravel por la filial de Radio Nacional.
¿Qué pensaría Ravel, el finado,
si caminara como yo en ese momento
por la Gran Salina.

Ravel, púdico sentimental,
te imagino tocando el piano que hoy vi colgado
entre el piso 12 y el piso 13.
Sí, pobre Ravel de 1932
con un tumor en la cabeza que ya no lo dejaba componer.
Ravel tocando solo,
de noche (pero eso sí, absolutamente solo)
los "Valses nobles y sentimentales" en medio de la Gran Salina.
Estoy seguro que se hubiera interrumpido
al escuchar el silbato lejano de la locomotora,
para ver el haz de luz a la distancia
y la penumbra sobre la Gran Salina.
Días pasados fui al Hospital.
Hace años yo andaba por allí,
despreocupado y con mi guardapolvo blanco.
Pero ahora, de simple paciente,
sentí el ruidito angustioso
¡Trank!
de la máquina de sacar radiografías.
¡Y que pase otro! gritó el enfermero.
Pero el otro no podrá explicarme
por qué tengo sed,
por qué voy detrás del agua cautiva de la botella
y de la sal capturada en el salero,
yo, tan luego yo,
capturado en el sueño de la Gran Salina.
Un amigo, alto funcionario estatal,
me ofreció su pase libre para viajar por todo el país.
Total, me dijo, es un pase innominado,
cualquiera lo puede usar...
si se lo presto.
El pase sin nombre me deslumbró
como la marca de la cubierta que leí y releí
cuando cambiábamos la rueda junto a la Gran Salina.
Pero después pensé en Tucumán
(mi segunda provincia)
y en las vértebras azules del Aconquija
horadando las nubes blancas.
Ahora me entero que mi amigo,
el del pase sin nombre,
se separó de la mujer.
Aquí me callo...
Pero el silencio me hace pensar ahora
en lo que no quise pensar cuando miré el pase sin nombre que me ofrecían,
en lo que dejé de pensar hace un momento...
cuando vi pasar el ascensor con una mujer silenciosa
que no me quiso llevar.
Olvidemos el ascensor perdido

y pensemos de nuevo, de frente, en la sal
(cloruro de sodio)
y en el misterio...
Pero como nada es misterio
hagamos una traducción de apuro:
miss Terio
o miss Tedio
o chica rodeada de teros asustados
o algo por el estilo.
Pero no hay distracción que valga.
El ayudante de cocina del vagón comedor
se rasca la cabeza de tanto en tanto
pero sigue pelando papas sin distraerse
en el tren que se acerca a la Gran Salina.
Y el ascensor perdido con la mujer silenciosa
sigue recorriendo kilómetros entre la planta baja
y el piso quince.
El sastre de enfrente que ya comió
se asoma a tomar aire con el metro colgado en el cuello.
Yo pienso en comer, como se ve...
Son exactamente las 14 horas, 8 minutos, 30 segundos.
Y también, no sé por qué,
pienso en el acorazado de bolsillo Graf Spee
que en los comienzos de la última guerra
se suicidó antes que su capitán
frente a Punta del Este.
El Graf Spee yace a treinta metros de profundidad.
Ya nadie se acuerda de él.
Ni siquiera los hombres-rana
que bajaron a explorar sus entrañas.
Pero hasta los hombre-rana
salen a comer a mediodía.
Y a veces, para comer,
sólo se quitan las antiparras y los tubos de oxígeno.
Todavía hay gente que se asombra viendo comer a esos hombres...
con patas de rana.
Los hombres-rana reclaman al mozo la sal que se olvidó!
Dale!... Dale!
Hoy almuerzo con amigos
(si es que no se fueron).
Miraré de costado la sal y pediré pimienta en vez,
porque tengo miedo de quedarme callado,
ya se sabe por qué.
No quiero quedarme callado
ni distraerme,
ya se sabe por qué.
En realidad no se sabe nada
del sueño de la pilas,

de la lluvia sobre la sal,
de la chica del ascensor,
del sastre asomado con el metro colgado
o del tren que pasa de noche indiferente
junto a lo que ya se sabe
y no se sabe.

.....
.....
.....

Hace años creía
que "después del almuerzo es otra cosa"...
es decir que las cosas son otras
después del almuerzo.
Este poema (llamémoslo así),
partido en dos por el almuerzo
y reanudado después, me contradice.
No comí postre.
!Siento la boca salada!
Pero no voy a insistir.
El domingo pasado,
en casa de un amigo poeta,
conocí a un chileno novelista e izquierdista
que se fue a Pekín y que, posiblemente,
no vuelva a ver en mi vida.
Tímidamente, entre cinco porteños y un chileno izquierdista,
metí una frase de Lautréamont
que como buen franchute es uruguayo
y si es uruguayo es entrerriano.
Una frase (salada) para terminar (o interrumpir) este poema:
"Toda el agua del mar no bastaría para lavar una mancha de sangre intelectual".

La razón pura o El sueño de la lógica implacable

A René Descartes

–Escuche mi General, vea...
–Yo no veo, meo.
Todo se puede hacer de parado
hasta morirse...
(esto se llama: "muñeco al suelo!").
Pero cagar de parado es más difícil
y más aún en compañía...
mejor cada cual en su trono.
Pero el Presidente mea,
de parado y acompañado.
Se puede cojer de parado y acompañado, pero con pared,
(¡qué vivo! ¡sin compañía no hay coji, hay paji!).
Eso se llama "clavar la mariposa".
Se puede mear parado y acompañado
(aunque la norma establece discriminación de sexos).
Se puede morir parado y acompañado,
aunque es difícil encontrar compañía
si se sabe lo que va a pasar.
Se puede escupir parado y acompañado.
Se puede mear y escupir a la vez,
parado y acompañado.
Se puede morir parado y acompañado
escupiendo fuego...
y después sangre,
es decir, cagando fuego.
Tal es el sentido de la frase:
"¡A sangre y fuego!"
Pero el Presidente mea.
Lo acompaña de parado y con sobretodo
el señor ministro.
–Óigame mi General,
¿podría explicarme por qué
si estamos meando los dos
sólo se oye el ruido de uno?
–¡Pero Toronja Pelada!
No ves que te estoy meando el sobretodo!!
Y el presidente de la meada silenciosa
se aleja, con radiante sonrisa,
totalmente dueño de la situación.

Moralejas o mejor reflexiones

Hay comedores públicos de sentado y de parado.
Hay meaderos públicos y clandestinos.
Meadero clandestino es todo lo que no es meadero público,
es decir todo el resto del mundo, puesto que se puede mear
en todo y sobre todo.

(Si no que lo diga el sobretodo del señor ministro.)
Id. para cagar (por el momento, porque no es lo mismo).
No hay morideros públicos.
La muerte no tiene lugar fijo para acontecer.
Las casas se alquilan o compran para vivir, no para morir.
Yo no me "moriré en París con aguacero".
No quiero ser ni hacer como el cholo Vallejo
que anunció en poema que moriría en París,
se fue allí y se murió en serio,
como la mujer del tango...
Es mejor ir por lana pero volver...
aunque sea trasquilado y cubierto por las nieves del tiempo.

Conclusiones (?)

- 1) El tango da para todo.
(Hasta para el sobretodo ajeno que meó el Presidente)
- 2) Sí señores... ¡Antes muerto que suicida!
- 3) El aguacero de París es absolutamente público (y clandestino).
Cae sobre todo, incluso sobre los meaderos públicos (y clandestinos).
- 4) Todo el mundo es prácticamente un inmenso meadero (y cagadero)
clandestino. La naturaleza, la de uno y la de afuera de uno, no conoce
fronteras, razas, edades, sexo ni condición social.
- 5) Los presidentes también mean.
- 6) La muerta está en el fondo del tango y en lo más profundo del alma
[mexicana.
- 7) Se puede morir en París con nieve (tango), aunque algunos se conforman
[solamente con mirarla caer pensando en Buenos Aires (tango), o "con
[aguacero" (Vallejo).

Rumor Solitario

Parece que Vallejo acertó con París pero no con el aguacero.

POR SONSIGUIENTE:

Coma, coja, mee, cague, escupa, vomita, respire, viva y muera
en la calle,
en las plazas,
en los paseos públicos,
en los puentes,
en los caminos,
en la pampa,
en la montaña,
en el mar,

en el maizal,
en el trigal,
etc., etc., etc.,
parado,
sentado,
acostado
o colgado,
de día y de noche,
en la guerra y en la paz!

Final pero no tanto

Reírse en compañía está bien.

Reírse solo no. ¿Por qué?

Uno puede reírse solo pero con el pretexto de libro, diario, revista, ser o cosa que está leyendo
[o mirando porque enseguida hay que responder al "de qué te reís?" con alguna razón
[de peso o de paso.

El que se ríe solo está loco. A uno lo dejan llorar solo pero no reírse solo. ¿Por qué?

Para reírse solo hay que aislarse lo mismo para cagar.

¿Que no?

¿A que no te animás a reírte solo en público?

Si llorás solo entre desconocidos por'ai hasta te consuelan...

Pero si te reís solo sos loco.

Este "poema" tiene unas ganas bárbaras de seguir...

Y sigue y seguirá toda la vida,

solo o en compañía...

incluso en compañía de la muerte,

que evidentemente existe.

En último caso,

coma sobre él,

coja sobre él,

mee sobre él,

escupa sobre él.

vomite sobre él,

cague sobre él,

duerma sobre él,

viva sobre él,

muera sobre él,

y ríase sobre él.

Preferentemente en compañía

o solo, si no hay más remedio.

Este "final" podría parecer demagógico...

Pero si uno se muere nadie se animará a acompañarlo (¿o sí?).

Evidentemente, uno tiene que nacer solo (mellizos aparte)

y morir solo...

No hay vuelta que darle.

Nadie lo acompaña a uno a meterse (a la fuerza) de cabeza en

la muerte (¡oh la Sombra!)
o meterse de cabeza en la vida (¡oh la luz!).

(Continuará)

Notas (afuera del "poema")

Así como "se puede ver ver, pero no oír oír" (gracias por recordármelo gran compañero y finado Marcel Duchamp), nadie puede vivir por mí, nacer por mí, morir por mí, dormir, soñar y pensar por mí, etc., etc. Uno puede elegir lugar y fecha para morir (suicidio), pero no lugar y fecha para nacer. Uno es uno por casualidad. Uno puede morir también por casualidad. Pero la muerte no es casual, es fatal.

.....
Para que no se me acuse de irme por las ramas de la metafísica, volvamos al cuerpo, a nuestro cuerpo de estos días de la vida. No se sabe por qué mear (al menos en el hombre) es liberador mientras que cagar parece un renuncio. Así por ejemplo no es lo mismo cagar la bandera que mear la bandera. Perversiones aparte, la mujer se excita viéndolo mear a uno, no así viéndolo cagar. Pero uno no se excita viéndola mear ni menos viéndola cagar.

SOMBRAS

SOMBRA QUIETA

Una plancha se detuvo junto a un árbol y del suelo brotó una
lluvia de transistores.
Nosotros también nos detenemos, y a veces un poco deslumbrados
nos vamos por ahí... tambaleantes.
Pero la cosa recomienza, y siempre volvemos a ser lo que éramos.
El mobiliario se completa.
Lo que no quiere decir que la silla vuelva a llevarse bien con
la mesa.
Habrá que ver lo que es seguir... Pero que siga, que siga...
sin detenerse.
Y cuando comienza uno a abanicarse a grandes rasgos,
sin sentarse en una silla,
el suelo comienza a anegarse
y se termina por encontrar una rueda de esas en un rincón,
completamente knockout.
Momentos después la rueda recomienza
y hay viento por ahí.
Un viento que acomoda las últimas migajas
(¿por qué habrá siempre últimas, me preguntaba los días pasados
que siempre hay?)
La quiebra del pavimento,
la quiebra de los talones,
la quiebra de las agujas y de los pelos,
de las grúas y de los bancos de la plaza,
tiene que ver con los paraguas que flotan a la deriva
o con los humos que brotan interminablemente de las orejas gastadas.
Una oreja sepulta caballos.
Los cabellos sepultan caballos.
Los caballos insepultos son todos orejeros.
Las orejas se acomodan pero ya no se estacionan durante años en un rostro.
Oreja de plaza,
paraguas insepulto,
rueda demoledora...
Hubo que hacerse un lugarcito y esperar.
La conversación lateral crecía y los rostros se abordaban salvajemente.
Una almohada de cabellos.
Una almohada de caballos.
Orejas por el suelo,
rodillas en la tierra,
y todos los rinconcitos reservados para otras miradas.
Hoy me pregunto por qué de todos lados se vienen caballos
traídos de los pelos o de los cabellos.
Y el porqué de tantos andenes sin rostro definido
para colgarse de cualquier lado.
Una vez fueron tres
y no hubo palacios sino calles zancudas,

y cómo se zancudían
en cualquier sector de cabello
o de espejo incontenible.
¿Por qué contener el agua?
¿Por qué la llama acentuaba su relieve para declinar
y caer en un embudo?
Había que enroscar los cables de las miradas.
!Y pase otro más al frente!
Un frente sin perfil,
un filo iluminado para los que buscan asirse de los bordes.
Ojos vacíos, ventanas vacías y vendaval.
Hay un viejo asunto de cajones
y de muelas del viento.
Un centenar de antenas dopadas
hacen brotar sus frutos por todas partes.
Pero si hay partes no pueden ser todas para asomarse
detrás de una loma,
de debajo del agua,
detrás de una puerta
o simplemente detrás de los párpados.

SOMBRA INQUIETA

Mano despierta,
tajo florecido hasta lo demás...
Las afamadas similares adheridas
no comienzan.
Una sonrisa de sandía ata las sábanas,
desgaja las risas,
escupe las semillas del más allá.
Y todo no es todo porque la crema del bienestar
se reproduce en la orilla.
Y las rompientes desdentadas
simulan pero no disimulan,
porque las mulas zigzaguean una, dos....
Y la rompiente del cuchillo
aparta la mar de puñaladas.
La los la el mi de la tajada del tajo, de la muerte, de la
pata de cabra, de la tormenta del diente, de la razón del
mi-porque, ni-si ta-ta-ta....
Mueca del fin,
hamaca del pan,
pan de la urraca,
hurra del mal,
mismis del curro...
Una descansada cara de dado.
Una migaja,
una desplopada,
una derramada.
Sal mi raza raza,
suma, susurro, borde en llamas,
una despierta, una durmiente, una silencio.
La silencio se estrella contra la miga,
la mano que enrolla las sombras,
un ojo simulador,
el humo de la frío.
Un dedo...
dos dedos....
tres dedos hacen la hamaca
y cuatro dedos el pan.
La sogá se oculta...
pero la sogá no tiene huesos
para arder.
Y sin embargo no bizquea
la sal.
Mi estalla
y yo ironiza.
La pan de la papisa.
Ni trampas de bizco,

ni miga de bizcocho.
La lado, la dada.
Un timbre se pega.
El sonido se descalabra
sin ser dicho ni pampa,
ni run,
ni el agua enloquecida del mapa,
derramada sin decir nada.
Por nada,
por la perfil,
por la frente,
por la destornillador.
Sin consultar,
sin un árbol de pro ni de más,
sin una tormenta escapada, famosa de pícara,
que escarba, escarmentada,
la torre, la torre...
Párpado roído,
pararrayos,
papagayo...
Una palabra,
dos palabras,
sin palabras.
A la deriva...
Los anzuelos...
Sobran vidas
a la deriva.
A la izquierda comienza
lo que tiene,
lo que es,
sin trabas de ninguna especie.
¡SI! ¡especie!
¿La luz?
¿Por qué la sombra es luz carbonizada?
Nadie pierde nada.
No se pierde nada con nacer...
No se nace nada con perder.

LO DE SIEMPRE

LA DECISIÓN

No me lo preguntés.
Si usted no tiene nada que hacer no lo haga aquí.
¿Usted o yo?
¿Yo o vos?
Las ganas no se dan así nomás.
No se dan árboles de ganas
como el árbol que da las manzanas
ni como los peces del árbol inmenso del mar.
¿Vieron?
¿Viste?
Vestido de punta en blanco,
listo para tomar el barco,
listo para el olvido,
mustio como la última gota de vino
que crece como las semillas
(eso es lo que vos te creés).
Pero creer no es crear...
La gota de vino se muere por la sal del desierto.
Una hamaca liviana, con vista al río,
el río que crece,
que crea orillas para ser río...
(¿pero él lo sabe?).
El cigarrillo medita por uno,
naturalmente con humo,
vive sus horas de humo,
vive acostado,
junto al río.
No hay desplantes
cuando aquí me planto
en medio de bolsas de humo.
La mar de caricias me resbala...
pero escucho el río.
¡Sí! el río que me enseñó las caricias.
El río vacila
(aquí no hay vacilaciones: si el río vacila, hay río encerrado!).
Un canasto siente nostalgia de los tomates rojos
y espera,
una espera que lo llenará de acelga,
de espinaca,
de melones,
¡para que se olvide de la nostalgia!
Hoy justamente me olvidé como se arrancan los cabellos,
los cabellos de los árboles,

de las piedras,
del río,
de las chispas que saltan de las piedras.
Hoy los recuerdos viajan en jet,
porque estamos en el siglo XX
y todavía hay piedras que duermen de día y de noche,
desde el siglo XV,
junto al mismo río,
esperando al príncipe de la Bella Durmiente
o a "la mano de hierro que las llame a la realidad"
como un llamado telefónico urgente pero equivocado...
Los equivocados no necesitan teléfonos
porque los cabellos se asoman por todas partes,
cuando esperan...
pero nadie espera para crecer
(si lo dejan).
!Pero a mí si me dejan llego!
¿O me quedo?
¿Qué significa quedarse junto al río,
o irse del lado de los tomates rojos que esperaba el canasto?
El canasto que flota en la creciente
junto a la mesa
y la cama
y los cigarrillos,
mojados naturalmente...
y el humo fugitivo y ruiseño.
Una hamaca con los cabellos,
cabellos de humo junto al río,
un río envuelto con el papel de las manzanas,
y dulcemente dedicado.
Porque el río es bocas, manzanas, piel, acelga, espinaca...
¿Y el pobre canasto?
¿Yace o no yace?
¿Yace o no nace?
No.
Murió ayer por decisión municipal.
El duelo se despedirá por tarjeta.

A LA QUE NO FUE, PERO PUDO SER, LA HASTA AHORA SIEMPRE AUSENTE

Todavía no sé por qué amaste la iguana.
Yo que la iguana me hubiese vuelto iguanote,
iguanodonte...
(su antepasado remoto averiguado)
y entonces te hubieras visto obligada
a protegerte en mis brazos
para refugiarte del iguanodonte.
Tal vez yo hubiera muerto,
pero no importa.
Tal vez yo hubiera matado al iguanodonte
y seguiría siendo el picaflor.
El picaflor para libar esa miel
del capullo de tu boca...
Y vos seguirías siendo la rosa roja,
rosa encendida
como la sangre de la iguana que mataste,
vaya uno a saber por qué.
Después de eso hubo silencio,
el mayor silencio,
tanto, que ahora
yo me quedo en silencio.
Un silencio que se reproduce inesperadamente...
pero siempre.
Un silencio para oír (sucesivamente o no sé)
el volar de los caranchos,
el silbido inconfundiblemente lejano de la perdiz
y la locomotora que resopla subiendo la colina del monte.
Es decir, un silencio que en realidad no es tal,
pero que en ese momento era el mayor silencio.
Un silencio
o mejor un ramo,
un ramo hecho con el canto del pirincho,
(ahora me acuerdo)
el aletear de los caranchos,
el silbido remoto de la perdiz,
el resoplar de la locomotora subiendo la colina del monte
y, ahora recuerdo,
el zumbido metálico del avión
tapando la cigarra de la siesta.
Un ramo de aquel silencio para la iguana muerta.
Para la iguana que mataste vaya uno a saber por qué.
Para la iguana que mataste por algo...
"Quisiera ser picaflor y que tú fueras clavel."
!Oh! rosa roja que mataste la iguana!
Rosa que encendiste un silencio para siempre.

.....
.....
.....

Lamentablemente los poemas nunca (o casi) son lo que uno
quiso decir, lo que uno quiere decir, lo que uno querrá
decir (o saber).

Venga una lágrima suelta,
aunque sea de cocodrilo,
por este, otro y muchos poemas.

Y aquí me callo (consumido por el silencio, por aquel silencio que vuelve, que siempre vuelve).

UNA MADRUGADA POR DÍA

A la memoria de Robert Desnos

*El gaucho se queda afuera.
El caballo entra adentro.
¡Pucha que son largas
las noches de invierno!
Buono-Striano*

Las trizas no se ven.
¡Oh gran sorda al viento!
El viento hace trizas el tiempo.
El día se ha vuelto oscuro
para volverse a aclarar,
para ser otro día.
Mi larga espera no puede ser siempre.
El amor tiene que estar aquí...
no a cien leguas a la redonda.
El gallo despierta,
el pájaro doméstico del canto a la madrugada.
Mis ojos comienzan a licuarse en contacto con la luz.
Pero la llamarada sin estrépito del corazón
no despierta a los vecinos.
Ella (es decir vos) ya duerme
pero yo sigo despierto.
Ella dejó todo para la mañana.
Es hora, me dijo.
Yo me he quedado como pez fuera del agua
de su mirada...
Feliz de vos (de ella),
pero Dios te (me) oiga,
porque yo no estoy tan seguro
de hasta mañana.
Nada se sabe hasta mañana.
Hay una gran diferencia
entre el soñador y el dormido/a.
Entre los pájaros que duermen
y el gallo, cantor del alba.
Entre sus ojos cerrados
y mi ojos abiertos.
Todos están afuera (aunque duerman),
todos se han ido
hasta mañana.
Los que duermen han cerrado su sueño
con siete llaves
hasta mañana.

Los insomnes de amor y los otros
se quedan,
esperan.
Y yo visito fábrica de encendedores perdidos.
(Hoy no sólo se fabrican objetos para tener sino también
objetos para perder.)
Pero los encendedores perdidos
no hablan con los paraguas perdidos.
Y yo me voy, pájaro negro,
con el paraguas infinito de la noche
acribillado por tus miradas,
por el recuerdo de tus miradas.
La madrugada es dura
como el pan del olvido.
Tu mirada es sólo un recuerdo
hasta mañana.

QUINCE MINUTOS DESPUÉS

A Celia, siempre

Estaba ordenando las cosas para salir...
Y mientras ordenaba mis cosas
veía al lobo,
al lobo que fui
y no sé si al lobo que seré...
La palabra "cinzas",
una palabra en una canción de Wilson Simonal,
me atrae...
Una palabra que no puede traducirse como cenizas, en castellano.
Una palabra que resplandece como los ojos de los gatos en la oscuridad.
O los faros de los coches en la ruta pavimentada,
cuando la noche se hace madrugada
entre Córdoba y Villa María.
Salí de mi casa para verte,
con todas esas cosas en la cabeza...
lobo aullando junto a la "cinza" resplandeciente...
ojos de gato en la oscuridad,
faros de coches sonámbulos que se acercan y se alejan de Córdoba.
Y llegué quince minutos después...
No quisiste hablar.
"Ya se me va a pasar", dijiste.
Y durante un tiempo largo nos miramos en silencio.
El plato vacío,
el tuyo y el mío,
eran más blancos que nunca.
Y después vino el pedido.
!A llenar el plato!
!Tu plato y el mío!
Y empezaste a hablar...
!Y hablamos!
Después de comer, un paseo.
El sol no estaba...
pero en ese momento, qué importancia tenía?
Yo me sentía un inmenso pancito de azúcar
rodeado de árboles muy verdes.
Los trenes que pasaban a lo lejos
eran un poco tus caricias tímidas,
tus miradas
Un perro trataba de jugar al fútbol
con dos chicos.
Un avioncito con motor giraba y giraba.
El paseo, el descanso, era un vuelo.
Y después el cine.

Un cine de domingo nublado.
Un cine de madera blanca,
donde la película, buena y todo,
al fin y al cabo,
fue lo de menos.
Después salimos.
Nos bastaban apenas
unas pocas palabras.
Y después...
Después siempre.
Pero yo recuerdo.

POSFACIO CON DEUDAS

No sé cómo empezar esto pero empiezo nomás. Hoy estaba almorzando en una pizzería y oí una conversación telefónica del cajero que estaba detrás del mostrador. “Escúcheme don Juan –decía el cajero-, la verdad es que cuando hablo con usted salen cositas...”. Se hablaba de comprar muy barato un hotel alojamiento por parte del cajero y de su invisible interlocutor. Hotel alojamiento aparte, lo importante era el cajero hablado.

No existen los poetas, existen los hablados por la poesía.

Cuando uno llama por teléfono al médico que se fue a Mar del Plata, una cinta magnética responde: “Esto es una grabación.”

Pues bien, así como eso es una grabación, lo que estoy escribiendo no es una justificación, es un agradecimiento, un hablar de deudas.

En realidad no es obligatorio leer lo que estoy escribiendo. Nadie espere una explicación de este libro. Simplemente quiero agradecer y de paso... Pero por'ái, y ese es el riesgo, lo que está adelante puede ser interpretado como el prólogo de esto, es decir que este es el fondo de la cosa, el fondo de la casa de mi infancia en Paraná entre durazneros, mandarinos, yuyos, ortigas y gatos vagos, negros, barcinos y atigrados.

Mi agradecimiento es para la gente que habla, para la gente que se mueve, mira, ríe, gesticula... para la gente que constantemente me está enviando esos mensajes fuera de contexto, esos mensajes que escapan de la convención de la vida lineal y alienada.

Las conversaciones de borrachos son a veces obras maestras del sinsentido, del puro juego de los significantes. Mi agradecimiento también.

La música es un lenguaje de puros significantes, es el gran arte. Y yo me muero de envidia, porque en realidad soy un músico fracasado. Pero la música, en especial el jazz moderno en permanente evolución, ha sido y es lo único que me ha enseñado la verdadera estética operativa.

Macedonio Fernández me ayudó a redescubrir ese mundo que yo quería olvidar tal vez para poder trepar mejor... Un buen día me encontré en Buenos Aires con que quería irme a Europa... Evidentemente estaba a un pelo de ser porteño. Pero no me fui a Europa, ni creo que me vaya nunca. No señor, ni beca ni vaca, me quedo aquí.

Macedonio Fernández me hizo comprender que las reuniones de argentinos, incluso en Buenos Aires, son largas ruedas de mate, donde uno charla, se ríe y se pone triste... Que esas reuniones son verdaderas fiestas de lenguaje.

Yo me he reído con estos (¿mis?) poemas, y por momentos dejé de reír. Pero eso es cosa mía. No sé si pasa algo. Gracias, Macedonio, de todos modos, por atajarme y explicar, es decir por hablar de lo que se es hablado.

Todo lo que digo puede parecer muy racionalista, pero en realidad soy entrerriano primero, después tucumano y salteño. Mis amigos de aquí me acusan de franchute. Realmente no sé qué decir.

La verdad, y eso no lo discute nadie, es que nací en la década del veinte mitad más o menos, es decir que estoy más lejos del nacimiento que de su antípoda.

No tengo nada que ver con el populismo ni con la filosofía derrotista del tango. Soy entrerriano, medio tucumano y salteño, en Buenos Aires. Una especie de “entrerriano, etc., etc., hasta la muerte” que vive en Buenos Aires, así como hay “argentinos hasta la muerte” que viven en París. En fin, ¡no hay belga que valga!

Hablar de la humanidad en abstracto me parece el colmo de la pedantería, paternalismo y solemnidad (las cosas que odio más). El hombre es para mí mis amigas y amigos, presentes, pasados y futuros, y también mis enemigos. No soy místico, no quiero salvar a nadie, sólo quiero.

Soy ateo, como Dorotea y Timoteo. Prefiero el Libro de los Muertos, egipcio, y el

Gilgamesh, asirio, llenos de palabras que evocan hombres como mis amigas y amigos, y no el libro de cabecera de los poetas y los capitalistas norteamericanos.

No creo en la poesía cantada ni recitada. (No creo en el café concert para desculpabilizar empresarios izquierdistas.)

La poesía debe leerse. La única poesía que no se lee es la de los actos y las palabras que no se proponen ser poéticas.

En fin, el lenguaje es para mí la única realidad. Esto no es ninguna novedad, es una simple afirmación. Si la realidad está en alguna parte, está en el lenguaje.

La primera tarea del hablado por la poesía ha sido nombrar las cosas, las cosas que no son las cosas sin las palabras. Pienso que el realmente hablado por la poesía es el que sigue y seguirá nombrando las cosas, es decir cambiándolas, transformándolas continuamente. La poesía es renovación, subversión permanente.

Insisto en que no hay poetas, hay simples vectores de poesía.

En un verano de cuarenta y cuatro grados en un pueblo de Santiago del Estero me acordé de los que se dicen poetas cuando vi en una canilla reseca unas moscas que hubieran dado todo por una gota de agua. Así es, los llamados poetas se disputan las canillas, pero el agua no les pertenece...ni la tierra, ni el aire, ni nada. ¡Hay que conformarse nada menos que con las palabras!

No creo en los géneros literarios. Cada persona tiene su propio discurso permanente, un río perenne y subterráneo que constantemente amenaza desbordarse. La mayoría de la gente le pone diques, pero así y todo a veces su rumor se escucha. La prosa es poesía o nada. Entre la escritura que llena toda la página y la que no la llena hay sólo una diferencia de escandido, de tempo, de períodos. Es un poco, pero muy a grandes rasgos, la diferencia entre la música sinfónica y la de cámara.

En suma, las fuentes de la poesía están en la infracción constante de la convención que nos vendieron como realidad. En todo lo gratuito, en el amor, en el lenguaje de los chicos, en las conversaciones sin límite de tiempo (...¡tómese otro mate!), en las situaciones límite en que los discursos de los otros movilizan enérgicamente el discurso de uno y viceversa.